

JORGE EDWARDS. ESCLAVOS DE LA CONSIGNA. MEMORIAS II.

Santiago: Penguin Random House, 2018: 295 p.

JORGE EDWARDS, UN MEMORIALISTA DE OFICIO

Recuerdo haber leído una entrevista para *Quimera*, probablemente con Miguel Riera, hacia fines de los años ochenta, en la que Jorge Edwards mencionaba algunas conferencias suyas sobre memorialistas chilenos. Era tal su interés y dedicación por los escritores de “recuerdos”, producto de años de atento escrutinio, que se sentía con la suficiente seguridad para compartir sus lecturas en espacios académicos. El dato, a pesar de impreciso, no es superficial si se atiende al extenso catastro de autores dedicados a la auto representación, memoristas célebres, que Edwards ha comentado o citado en los libros, artículos, crónicas y ensayos que dan cuerpo a su contundente obra literaria. Son muchos los modelos en los que él mismo se ha apoyado para ejercitar memoria en su extenso trabajo de escritor. Están los nombres ineludibles que perfilan el canon clásico de los evocadores célebres como San Agustín o Rousseau y también aquellos que son de su preferencia y a los que a menudo cita con fervor en sus escritos. Es lo que ocurre con Stendhal y sus atractivos *Recuerdos de egotismo* o sus inimitables *Paseos por Roma*, que los estudiosos de la obra de Jorge Edwards no pueden pasar por alto. Stendhal, como memorialista, es fundamental para abordar los senderos que Edwards recorre en su propio ejercicio evocador que se inicia desde temprano en su carrera literaria y cuya más sonora repercusión tanto para su consolidación como para su reconocimiento como intelectual, significó la publicación de *Persona non grata* en 1973, cuando el autor tenía 42 años. Aunque su obra literaria está marcada por el sello autobiográfico, es indudable que el segundo hito en su oficio de memorialista lo determinará *Adiós poeta...* de 1990, título que con sus enigmáticos puntos suspensivos lo instaló definitivamente entre los mayores cultores del género en nuestra lengua. Dos novelas posteriores en donde el sello auto/biográfico acuden para confirmar su maestría son *El inútil de la familia* (2004) y *La casa de Dostoievsky* (2008). Desde entonces hubo que esperar con ansiedad la publicación de sus *Memorias*, ciclo que se

inaugura con *Los círculos morados*, volumen fechado en noviembre del 2012, al que se suma *Esclavos de la consigna* de julio del 2018.

De todos los géneros literarios, el autobiográfico probablemente sea al que menos preparación le dedican la mayoría de sus cultores, seguramente por la errada convicción de considerarlo propio de un final de carrera y que sirve para ejercitarlo una sola vez en la vida: porque se trata del arqueo de la propia existencia. Sin embargo, sus más destacados exponentes no han considerado a esta modalidad de pasada y sin que amerite estudiar su compleja red de posibilidades y de limitaciones. Rousseau invirtió muchos años de su vida en estudiar las posibilidades de la auto representación antes de publicar sus *Confesiones*. Probablemente en el siglo XX, *Confieso que he vivido* de Pablo Neruda sea el libro donde mejor se logra el dominio y exhibición del *yo* autobiográfico en lengua española. A partir de la publicación de las *Memorias* de Jorge Edwards, cambia el panorama y no creo equivocarme al asegurar que en la actualidad es quien mejor controla las estrategias autobiográficas, si se lo compara con su generación y con el legado de otros protagonistas del añorado *boom* latinoamericano.

LA ESCRITURA EN PRIMERA PERSONA Y LA ALTERIDAD CON SUS BONDADES Y EXTREMOS

A diferencia de los *Círculos morados*, que se presenta organizado en capítulos con título, *Esclavos de la consigna*, el volumen segundo, viene sin índice temático, como si fuera un solo extenso capítulo, cuyas secciones están ordenadas en números romanos (de la I a la XXXIII), firmadas al final con fecha de inicio y conclusión. Aunque los recursos de representación del *yo* en muchos aspectos son similares en ambos libros, hay diferencias no sólo en la organización temática y en la disposición temporal de los episodios rememorados. La diferencia entre el Volumen I y el II se decanta en un marcado acento por la valoración de lo vivido, por el “estilo” y “tratamiento” que marca una diferencia con obras autobiográficas previas, incluidas las del propio Edwards, aunque muchos de estos aspectos ahora maduros ya estaban presentes en *Persona non grata*. De los elementos en común, que hay muchos, por la brevedad de este espacio, mencionaremos en primer lugar la persistencia en evocar nombres de artistas, de escritores y de intelectuales que ya parecieran ser personajes creados en su totalidad por la óptica de Edwards y que terminan por hacer dudar al lector sobre la posibilidad de otras versiones sobre la vida de estos seres que asoman de habitual en sus páginas: retratos de Luis Oyarzún, de Jorge Sanhueza, el “Queque” Sanhueza, personaje ya de culto en la prosa de Edwards, a quien se retrata como miembro ensombrecido por la colosal figura de Neruda. Otros nombres recurrentes a los círculos nerudianos que Edwards considera como significativos de una época que se fue son, por ejemplo, Acario Cotapos. A estas alturas, estas repetidas semblanzas, son creaciones de Edwards, que el lector espera y que para su regocijo reaparecen como ocurre

con el extravagante Jorge Cuevas, el Marqués de Cuevas, o Cuevitas. Seres curiosos, cinematográficamente retratados por el memorialista. El mismo Neruda, es motivo recurrente a la hora de explicar su manera de entenderse a sí mismo dentro de un contexto artístico, de un espacio literario, primero nacional y luego mayor en amplitud y sentido. Un Neruda que va transformándose a medida que nos acercamos a las nuevas entregas de sus *Memorias*. Por cierto, hay significativas diferencias entre el Neruda retratado en *Persona non grata*, al de *Adiós poeta...* y a las citas o explicaciones de “vidas” y vivencias en torno a los círculos nerudianos estampados en el reciente volumen. En esta ruta de vida evocada, Edwards ha ido descubriendo en el espacio de la memoria las maneras para separarse de la sombra nerudiana. Entre los varios recursos empleados, uno de los motivos literarios de mayor éxito para este propósito es contar una nueva versión sobre Carlos Morla Lynch, también memorialista chileno y que Neruda retrata en *Confieso que he vivido* de manera muy negativa. En las *Memorias* de Edwards se muestra otra versión del autor de *En España con Federico García Lorca*, que seguramente con el tiempo borrará la dejada por Neruda. Con este nuevo y más completo retrato de Carlos Morla Lynch, a quien antes ya había mencionado en otras de sus obras, Edwards demuestra que puede contemplar la realidad desde su propia vereda, que es significativamente distinta a las de sus predecesores y en la que se siente con la comodidad que solo puede sentir un sujeto ya convencido de que es poseedor de una voz propia. Un *yo* que no le debe obediencia ciega a nadie, y que ni siquiera se debe explicaciones a sí mismo por lo que hizo o no hizo, por lo que debió callar o decir tal como lo volvería a hacer nuevamente en una circunstancia semejante.

Las *Memorias* de Jorge Edwards junto con hacer recuento de una vida que responde epistemológicamente a maneras fácilmente reconocibles en materia filosófica, no presentan ambigüedades en este orden. Es, como comúnmente se dice, un hijo de su tiempo, que no se resiste ni se arrepiente de un pasado vivido en plenitud. A momentos el lector pareciera estar frente a un sujeto que siempre estuvo en el lugar y en el momento preciso. En estos pasajes la facultad narrativa de un conocedor del suspenso, de la tensión y de todos los principales resortes retóricos del arte clásico y de las novedades de la prosa contemporánea (siglo XX, principalmente), sobresalen porque los episodios resultan atractivos: no es para nada un memorialista moroso como ocurre en largos pasajes de *Vivir para contarla* de García Márquez, tampoco acude a esas aflitivas justificaciones políticas como las presentes en *El pez en el agua* de Vargas Llosa. Edwards es un memorialista ameno, conocedor de la “comidilla” y con el talento para identificar el exacto espacio para localizarla y compartirla con su lector. Mentiroso con las citas, supuestamente de memoria, a la hora de recuperar una estrofa poética. ¿Qué es eso de las citas de memoria en un texto escrito? Se trata de un recurso retórico, tomado de los clásicos, como ocurre con esas constantes dudas sobre los nombres propios que confunde o que pareciera no recordar con precisión, o las imprecisiones con los apellidos de los protagonistas de sus evocaciones. Ilusión de

oralidad, aprendida en sus infinitas lecturas. Hasta que de pronto, al final de un párrafo, asoma el dato iluminador sobre algún familiar cercano o lejano, de un conocido de la familia, que lo inspiraron para la creación de los personajes de sus novelas. Recursos, en suma, presentes en toda autobiografía, pero que en las *Memorias* de Jorge Edwards (en ambos volúmenes) parecieran ser recién inventados.

Los elementos mencionados anteriormente, con todo el significativo valor que poseen para ilustrar la calidad literaria y la particular manera de recordar de Edwards no son, a nuestro juicio, lo que determinan el principal valor de estas *Memorias* en el contexto latinoamericano y de nuestra lengua. Es otro el sello que las distingue. Este consiste en que las *Memorias* de Edwards se sienten parte de una tradición que se inicia con Domingo Faustino Sarmiento, sigue con José Zapiola, se complementa con Pérez Rosales y Lastarria y se une para luego separarse de la cosmovisión autobiográfica nerudiana quizás para aproximarse al proyecto borgiano, incluso superarlo dentro de esa modalidad de representación que es el “ensayo autobiográfico”. Desde *Persona non grata*, Edwards acudió al género ensayístico a través de la auto representación y ha seguido cultivando y perfeccionando este rasgo dentro de las muchas posibilidades que le permite la articulación del recuerdo. De allí que la valoración que él mismo avisa en autores románticos que en sus obras dedicaban espacio a la observación, a la reflexión que les motivaba platicar sobre su entorno y sobre todo a justificar su empeño por dejar registro de lo visto, de lo vivido. Por eso es que un autor como Stendhal es tan significativo para él y por eso cita una y mil veces a Montaigne, evoca a Luis Oyarzún, el filósofo, el observador, el naturalista, cultor de su todavía incompleto *Diario de vida*. Ensayo y memoria reflejados en los “viajes” y en su registro de experiencias a la manera de un ya olvidado Goethe. La obsesión por visitar cementerios buscando tumbas de escritores célebres, además gótico ya extinto. El “ensayo”, esa caprichosa y proteica forma literaria que puede advertir detalles profundos a la manera en que lo dictaminó un Alfonso Reyes, un Octavio Paz, o ser excusa para el relato testimonial y adelantar la decadencia de un sistema político ya alicaído a pesar de su juventud. El ensayo, convertido en retrato o en autorretrato, que articula y desarticula preceptos y prejuicios, que derriba fronteras y que insinúa posibilidades de expresión. Todo mezclado... quedamos a la espera de la tercera entrega de estas *Memorias* que auguran más novedades en materias de estilo de auto representación.

César Díaz-Cid
Universidad San Sebastián